

FOLK CULTURE IN VENEZUELA: TWO PERSPECTIVES

VENEZUELAN FOLKWAYS. By DOROTHY KAMEN-KAYE. (Detroit, Mich.: Blaine Ethridge Books, 1976. Pp. 256. \$14.50.)

JÛKÛJALÁIRRUA WAYÛ: RELATOS GUAJIROS. By MIGUEL ANGEL JUSAYÚ. Edición bilingüe. (Caracas: Universidad Católica "Andrés Bello," 1975. Pp. 174.)

La literatura de costumbres ha contribuido notablemente al conocimiento de diversos pueblos, especialmente durante el siglo pasado. En el presente, nuestro continente se ha visto favorecido también por esta clase de testimonios, narrados unas veces por nativos y también por extraños, que vivieron, amaron y sirvieron a un país del que obtuvieron gratas y perdurables emociones. Esto es lo que acontece con el libro de Dorothy Kamen-Kaye, que debido a diversas razones de excelencia se reimprime esta vez.

Los "caminos folklóricos de Venezuela", o la "Caracas de todos los días," como se llamaba su primera edición, es una grata sucesión de vivencias hogareñas, urbanas, personales, narradas con el más puro buen humor, que implica amistad y cariño. No podía ser de otra manera para una sensibilidad femenina que podríamos ubicar, tanto temporal como espiritualmente, entre Teresa de la Parra y Aquiles Nazoa; pues el libro, aun para quienes no dominamos completamente los agudos matices del inglés, nos permite disfrutar de una prosa amena, sencilla y eficaz a la vez. Creemos que se debe a Venezuela una buena traducción de este libro, no sólo por estas razones literarias, sino por ser él, uno de los más fieles testimonios de una Caracas en la que ya queda muy poco de ese grato perfume avileño que se siente brotar dulcemente de sus páginas.

Miguel Angel Jusayú, pastor guajiro, ciego desde los 13 años, es dueño de la tradición fijada en su mente junto con el paisaje. Jusayú estudió en Caracas en la Escuela de Ciegos hasta quinto grado y después pasó a Sinamaica, en la Guajira, para completar la Escuela primaria. Al terminar, se radicó en Machiques, donde el Padre Jesús Olza, que oye sus relatos, le pide que los escriba y traduzca. Jusayú se da entonces a la tarea de grabarlos en su idioma guajiro, y luego de mecanografiarlos, para finalmente traducirlos al castellano. Los problemas afloran, porque los dos idiomas son diametralmente opuestos, y porque Jusayú es un escritor con acento propio. Pero es un escritor que se nutre en el mundo guajiro que lleva por dentro. Sin embargo, algo más lo diferencia considerablemente del informante de literatura oral tradicional, y es que al traducir los textos tuvo que penetrar en la problemática de ambas lenguas, esencialmente diferentes. (Esto le permitió concebir un diccionario de la lengua guajira, que tiene en preparación.) J. Olza, en su introducción al libro de Jusayú, nos dice sobre su trabajo, que "La traducción es fiel sin ser literal," por cuanto "El guajiro no emplea los sobreentendidos ni cuenta con la buscada impresión de nuestros

términos abstractos; en guajiro todo es expreso, concreto y determinado." En todo caso, el hecho de publicar los textos en ambos idiomas, deja abierta para el futuro la posibilidad de que otro traductor nos dé otra versión de estos textos para poder confrontarlas.

El libro consta de doce relatos que son expresión auténtica del mundo cultural guajiro, partiendo del habitat con su vegetación característica compuesta de cujies, dividives, cardones, tunas y machorros. El autor se refiere a los trabajos de la agricultura con la siembra de batatas, auyamas, patillas, frijol, millo y maíz. Describe el pastoreo de ovejas, corderos, carneros y cabras, con el consiguiente ordeño de la leche. Habla de la caza de tortugas y del aprovechamiento de la carne y del carapacho. De la caza con arco y flecha, de los animales del monte: conejos, venados, iguanas, machorros, zorros y gatos, que completan su dieta (y entran además en los relatos como personajes de fábula).

El empleo de la pala, la ollita de tostar y las taparitas para las semillas. La comida una o dos veces al día: "mazamorra temprano, que se preparaba con leche con maíz, bagazo de yuca o con yuca seca, a veces con aceitunas y en la noche bebíamos leche hervida, que se exprimía de las cabras después de haber amamantado a los cabritos." También podían comer carne, cuando la traían, y si nó, comían *waá*, o semillas tostadas de auyama, de patilla, de maíz. "Todo ello con sal, y después bebíamos agua." La cacería nocturna de aves: tortolitas, palomas, cotorras, zancalargos, que "cocinaban en una gran olla, salcochado, acompañado de yuca, batata, auyama. . . ." La bebida de chicha de yuca amarga, contenida en "una barrigona tinaja," semienterrada bajo la ramada de la casa.

El uso del chinchorro o lecho colgante para dormir, y de la atarraya para pescar, del tizón para calentarse. El vestido típico representado por la manta o batola, la faja o cinto y la mochila para carga. Aspectos sociales, de tipo económico, como el canje de alimentos, la venta de cabras, el pago en recolectas o contribuciones, y el pago de "un caballo ensillado" al piache (o shamán) por sus servicios. De la estructura de la sociedad como la división en castas o clanes, y la pertenencia de los hijos a la casta de la madre, el sistema de parentesco, la compra de la mujer y la dote. O el no contar los años. Aspectos psíquicos: Los miedos de los niños a la noche y a ciertos animales, como el zorro, el búho, el oso hormiguero, y también al diablo o silbador. Las creencias sobre la muerte y la vida en el más allá, como en el viaje del espíritu de una persona que lo realiza un año antes de su muerte. Los sueños. O la conversión del hombre en animal, como aquel que adquiere la forma de una culebra sabanera. En un caso una mujer le pega con un palo y él enferma de muerte al hijo que ella carga, y luego le devuelve a su hijo convertido en culebrita. Los espíritus maléficos y las "contras" (para contrarrestar malos espíritus). También el uso de instrumentos musicales: el tambor, la maraca, la "flauta corta hecha de carrizo." Y todo esto sin hablar de las ambivalencias que afloran en sus relatos. Así en la historia de Parrusa y Aisapanchi, donde el personaje principal actúa en el mundo de los vivos y de los muertos. O de las conversiones, como en "El guajiro joven y haragán," en que el ladrón de cosechas se convierte en un zorro.

¿Hasta qué punto podemos considerar este libro como un documento de

su cultura? ¿Hasta dónde llega la creación individual? ¿Y cómo se transforma el documento—creación cuando es vertido al castellano? Habría que dominar la lengua guajira y conocer los cuentos por tradición, para poder contestar a estas preguntas. En todo caso, para nosotros como folklorólogos, son un bello testimonio literario y cultural de un guajiro, con dotes literarias especiales, pero no diferentes a las de muchos otros cultores aborígenes a quienes nosotros hemos grabado y de cuyos textos hemos obtenido traducciones. Dotes que, como vemos, le sirven para expresar lo propio, ya que Jusayú está inmerso en un mundo, en el suyo, muy diferente del occidental al cual apenas tuvo acceso en la escuela primaria, cuando todavía veía, y al cual apenas tiene ahora acceso desde Machique, donde reside.

ISABEL ARETZ

*Instituto Interamericano de Etnomusicología
y Folklore, Caracas*